

# ¿ANTROPOLOGÍA O AXIOLOGÍA?

José María Méndez\*

## 1. La ideología de género no es ecológica

**S**alta a la vista la incoherencia de defender la conservación de las especies animales, como parte de la ecología o respeto al medio ambiente, y a la vez postular la libertad sexual, entendida como ausencia de cualquier limitación o traba a lo que cualquiera quiera hacer con el sexo humano. *Mi cuerpo me pertenece y hago con él lo que quiero* es el slogan harto conocido que define bien lo que se entiende hoy día por *ideología de género*.

En la Sierra de Madrid, no lejos del Puerto de los Cotos, puede visitarse una extensa charca, convenientemente protegida con una cerca, y con un cartel que pide respeto para una especie de sapos que sólo allí se conserva. Cualquiera que manipulase el sexo de estos sapos, para hacerlos homosexuales, sería reo de un horrendo crimen contra la conservación del medio ambiente. En cambio, el matrimonio homosexual está sancionado por la legislación de muchos países, a pesar de que va obviamente contra la conservación de la especie humana.

En los tiempos más negros para la inteligencia humana se pensó que la Tierra era plana. Pero no se llegó hasta el extremo de imponer por ley tamaña falsedad y perseguir con multas o cárceles a quienes osaran afirmar que *la Tierra es redonda*. Sólo en nuestros tiempos, aparentemente tan brillantes pues tenemos ordenadores y televisores, hemos conseguido superar la estulticia de los bárbaros de la Alta Edad Media. Ahora alguien puede ser multado, o ir a la cárcel, si se atreve a decir que una pareja de homosexuales, que voluntariamente son tales, constituye un atentado contra la ecología.

¿Cómo se ha podido pasar desde el *pecado nefando de Sodoma y Gomorra* a la dignidad moral y legal del matrimonio homosexual de nuestros días? Ciertamente una mentira se convierte en verdad si se repite un millón de veces, como bien enseñó y practicó Goebbels. Ahora los *mass media* repiten las mentiras billones de veces. Pero no nos interesa lo ocurrido, sino más bien la pregunta *¿por qué ha ocurrido?*

¿Por qué nadie ha convencido a nuestros legisladores de que la homosexualidad querida libremente es *contra naturam*? Y no sólo por la esterilidad de la cópula homosexual sino por uso mismo de elementos de nuestro cuerpo de

223



\* José María Méndez es Presidente de la Asociación Estudios de Axiología.



manera contraria a su finalidad objetiva. Imagino que por la misma razón por la que Aristóteles sí pudo convencer a los atenienses de que la esclavitud es *secundum naturam*.

Es decir, porque el concepto mismo de naturaleza humana, en el sentido de la palabra latina *natura*, rebasa la potencia del conocimiento humano. Sin duda tal concepto o noción teórica existe. Pero está fuera del alcance de nuestra inteligencia, entendimiento, razón, sabiduría, mente o como queramos decirlo. Apelando a tal concepto, para nosotros inexistente, se puede defender cualquier conducta, por aberrante que sea, como humana y en consecuencia digna y lícita; *secundum naturam* para sus partidarios. Y lo mismo en sentido opuesto. Las críticas basadas en que algo es *contra naturam* carecen de fuerza racional o lógica; no hacen a nadie cambiar de opinión. Los atenienses que censuraron la opinión de Aristóteles sobre la esclavitud, si los hubo, no tuvieron ningún éxito. Lo mismo que ahora las voces que tímidamente se alzan contra el matrimonio homosexual corren el riesgo de ser acalladas social y jurídicamente.

Los hechos son bastante elocuentes en sí mismos, para tomarlos como indicio de que el concepto de *naturaleza humana* no se distingue del concepto de *naturaleza de los centauros* a estos efectos. No se puede demostrar que algo es *contra naturam* o *secundum naturam* por la sencilla razón de que nadie sabe exactamente qué es la *naturaleza humana*, obviamente en el sentido teórico de *natura*.

Por ejemplo, las razones que esgrimen los partidarios de la *ideología de género* carecen de toda fuerza lógica o intelectual. El término castellano *género* está por la palabra inglesa *gender*, que se intenta oponer a *sex*.

Esos razonamientos son mero voluntarismo. No es el caso de detenerse aquí en las patrañas que se escriben o difunden sobre la libertad sexual, justificando cualquier manipulación del sexo humano<sup>1</sup>. Insistamos más bien en que nadie conoce el concepto de naturaleza humana y por tanto nada puede decidirse por esa vía. Eso explicaría también el fracaso de oponerse a esas patrañas argumentando que se trata de aberraciones o violaciones *contra naturam*. Es un hecho patente que los defensores de la ética tradicional, que se remiten al concepto de naturaleza humana, no han sido capaces de contrarrestar eficazmente el voluntarismo irracional de sus adversarios ideológicos.

Aristóteles definió el concepto filosófico de *naturaleza*, o más exactamente *natura*, como *la esencia de un ente en cuanto principio de sus operaciones*. Pero muy sensatamente Santo Tomás de Aquino reconoció que *ningún filósofo ha sido capaz de definir la esencia o naturaleza de un mosquito*<sup>2</sup>.

En efecto, no conocemos las esencias de las cosas, aunque si sabemos que

<sup>1</sup> Cfr., CALVO CHARRO, María: *Alteridad sexual*. Ediciones Palabra, Madrid 2014. Tiene amplia bibliografía.

<sup>2</sup> *Collationes super Credo in Deum*.

esas esencias existen. Si queremos combatir eficazmente las patrañas sobre el sexo humano que ahora se estilan, hemos de proceder de otro modo.

En este trabajo usamos la palabra *antropología* como la pretensión de que conocemos de alguna manera la esencia o *natura* del ser humano. O al menos, que somos capaces de responder de algún modo a la pregunta *¿qué es el hombre?* Si probamos que por ese camino no se va a ninguna parte, estaremos en condiciones de proponer la *axiología* como la alternativa preferible. No podemos convencer a los defensores de la ideología de género apelando al concepto inexistente de naturaleza humana. Pero quizá tengamos más éxito si les objetamos que la total libertad sexual que postulan no es ecológica. El sexo humano merece el mismo respeto que el sexo de los sapos. Y en general el mismo respeto debido a la naturaleza en el sentido de la palabra alemana *Natur*.

## 2. Ni siquiera en la materia inerte llegamos a la esencia de las cosas

Aristóteles tenía en mente a los entes vivos al hablar de *natura* como la esencia de las cosas en cuanto principio de sus operaciones. Se actúa según lo que se es. Sólo en los seres vivos tiene sentido considerar a un individuo como prota-



La libertad que proporciona la ideología de género

gonista de su comportamiento. En el inmenso ámbito de la materia inerte, desde las galaxias hasta las partículas subatómicas, no cabe hablar más que de una sola esencia o *natura*. En este terreno, la misma noción de *individuo* es arbitraria, al contrario de lo que sucede en el mundo viviente, donde cada ser vivo es indudablemente un individuo. En la materia inerte todo está relacionado con todo. Lo estaba en la diminuta bola de fuego del Big Bang, y lo sigue estando en nuestra época, cuando las galaxias distan unas de otras millones de años luz.

La expresión *teoría no local*, que tanto usan los físicos cuánticos, indica eso





precisamente. De Broglie propuso este experimento mental. Supongamos que en una caja hay un electrón. Partimos la caja por la mitad taponando simultáneamente la pared que quedaría abierta en ambas medias cajas. Una media caja la dejamos en París. La otra la mandamos a Tokio. Abrimos simultáneamente las dos medias cajas, de modo que luz no tenga tiempo de recorrer la distancia París-Tokio. Dado que el electrón es indivisible, aparecerá en Tokyo o en París. ¿Dónde exactamente? Eso lo decide el electrón, respondía Bohr, para desesperación de Einstein. La función de onda  $\Psi$  cubre todo el espacio. El electrón está en las dos cajas a la vez mientras viaja, aunque transformado en  $\Psi$ . Cuando se abren a la vez las dos medias cajas reaparece el electrón en París o en Tokyo, y en forma de partícula. Estamos ante el llamado *salto cuántico*. El electrón se comporta como corpúsculo, cuando hacemos una medición, y se comporta como onda cuando no lo observamos.

La célebre polémica entre Bohr y Einstein se decidió a favor del primero con el experimento que llevó a cabo Alain Aspect en el Instituto de Óptica de París en 1982. Las dos medias cajas están conectadas de alguna forma, por encima incluso de la velocidad de la luz. La física cuántica es una teoría no local. La función  $\Psi$  cubre en efecto todo el espacio, aunque no sepamos cómo tiene lugar el hecho desconcertante de los saltos cuánticos.

Por si fuera poco, la lógica formalizada moderna nos asegura que la fórmula

$$-(A \rightarrow B) \ \& \ -(A \rightarrow \neg B)$$

es una contradicción, y por tanto no puede existir o necesariamente no existe. Esta fórmula asegura apodícticamente que entre dos entes cualesquiera de la materia inerte A y B no existe relación alguna, ni formalizable como condición suficiente ni formalizable como condición necesaria. Por tanto, entre A y B tiene que haber alguna relación, expresable como condición suficiente o como condición necesaria. Saber cuál sea exactamente esa relación sólo se ha conseguido en los muy contados casos que conoce la física.

Decir que en el cosmos todo está relacionado con todo es lo mismo que afirmar que existe una inmensa fórmula consistente, que es el perfecto correlato racional del entero universo físico. Obviamente sólo Dios conoce esa gigantesca y descomunal consistencia lógica. Pero esa consistencia bien podría llamarse *esencia* de la materia inerte, o naturaleza en el sentido de *natura* que explicase todos sus movimientos. Pero está más allá de nuestra capacidad intelectual. Ni siquiera conocemos la esencia de la materia inerte. Los físicos siempre tendrán la suerte de tener trabajo asegurado para el futuro.

### 3. Mucho menos conocemos la esencia de un mosquito

La física es la más prestigiosa de las ciencias, no sólo porque nos ha permitido manipular en nuestro provecho las diversas energías de *Natur*, sino por la bri-

llantez de sus teorías unificadoras. El caso más famoso fue el de las elegantes ecuaciones de Maxwell, que unifican tres campos aparentemente tan dispares como la electricidad, el magnetismo y la luz. Aunque con menos elegancia, también se ha unificado la fuerza eléctrica, que enlaza los electrones con sus núcleos, con la llamada *nuclear débil*. Y aun se intenta llegar a teorías GUT (gran unificación), que aspiran a incorporar en un concepto único la fuerza nuclear fuerte y hasta la gravedad.

En biología nunca se han conseguido avances semejantes en la unificación de lo que se conoce sobre la materia viva. Y la explicación es sencilla. La materia viva es mucho más complicada que la inerte. Los físicos trabajan con cifras mucho más bajas que los biólogos. Por ejemplo, se supone que hay  $10^{80}$  protones o neutrones en el cosmos. En cambio se estima en  $10^{40.000}$  el número de elementos que componen una bacteria, el más elemental de los seres vivos. Basta comparar esos exponentes para comprender el inmenso salto en complejidad que supone pasar de la materia inerte a la viva.

Si no conocemos la esencia o *natura* del cosmos inerte, mucho menos conocemos la esencia o *natura* de un mosquito, o de cualquier otro individuo viviente.

#### 4. Muchísimo menos conocemos la *natura hominis*

Nos quedaría referirnos al siguiente estrato ontológico de lo psíquico, al mundo de los sentimientos, que apreciamos en los mamíferos superiores, y con la máxima complejidad en el hombre. Nos dispensamos de ello. Con lo anteriormente dicho tenemos bastante para comprender que nadie conoce el correlato real de la expresión *naturaleza humana*.

Se suele emplear la palabra *antropología* para designar una supuesta ciencia que explicase qué es el hombre y por qué hace lo que hace. Implícitamente se está insinuando que se posee una respuesta a la pregunta ¿qué es el hombre? Y por ende se pueden dar razones de por qué hace lo que hace. Se nos está remitiendo a un supuesto conocimiento sobre el hombre que estuviese al nivel científico de la física y la biología.

A lo largo de la historia se han propuesto muchas antropologías<sup>3</sup>.

La más noble y respetable de todas ellas es sin duda la que se remonta a Aristóteles y la Escolástica, y apela a la venerable expresión *Ius naturale*. Muy cercana a ella cabe mencionar la tradición anglosajona que se remite a la expresión *Natural Law*.

La más despreciable y endeble de todas las antropologías es la sarta de estu-pideces que ahora se oyen sobre el sexo humano, tales como «el género cultural



<sup>3</sup> Cfr. TRIGG, ROGER: *Concepciones de la naturaleza humana* Alianza Editorial. Madrid 2001. También MOSTERÍN, Jesús: *La naturaleza humana*. Espasa Calpe. Madrid 2006.



(gender) se impone sobre el sexo biológico; cada individuo posee una identidad de género que queda a merced de su exclusiva apreciación personal; el género es producto de la cultura y supera en importancia al mero sexo fisiológico; el género es una construcción social que determina la verdadera naturaleza humana; los tribunales deben atribuir a cada uno el sexo que desea, tanto en su apariencia como en su denominación», etc., etc. O sea, lo que hemos convenido en incluir bajo la etiqueta *ideología de género*.

Quienes sostienen tales patrañas ni siquiera se han enterado de que las mujeres tienen dos cromosomas sexuales X, mientras que los hombres tienen un cromosoma sexual X y otro Y. No es sólo cuestión de la morfología del cuerpo. Una operación quirúrgica en los

genitales no altera el genoma de un individuo. Menos aún lo cambian los deseos de cambiar de sexo, por muy vehementes que sean en sentido psíquico<sup>4</sup>.

*La mujer no nace, se hace*, decía Simone de Beauvoir. Murió en 1986. Se la puede dispensar de no saber que el 20 de junio del año 2000 el Presidente Clinton y el Primer Ministro británico Blair saludaron a bombo y platillo en la Casa Blanca el éxito del *Proyecto Genoma Humano* como uno de los más grandes avances conseguidos por la humanidad en toda su Historia. Pero esa excusa no la tienen los defensores actuales de la ideología de género. Imitan al *maestro Ciruela, que no sabía leer y puso escuela*. Son meros ignorantes y esa igno-



«Adán y Eva», h. 1506. Taller de Lucas Cranach. Museo Soumaya, Méjico

<sup>4</sup> *Diccionario Biología Oxford Complutense*. Editorial Complutense. Madrid 1998. Voces *sexo homogamético* y *sexo heterogamético*.



rancia les hace tan atrevidos. Conocer la existencia del genoma humano y su importancia en este tema es el mínimo de honestidad intelectual exigible para cualquiera que publique libros o dé conferencias sobre la ideología de género.

En el siglo ix todos pensaban que la Tierra era plana. Pero no por eso la Tierra dejó ser redonda. En el siglo xxi todos pueden aceptar que la homosexualidad es tan digna y respetable como la heterosexualidad, o que estar enfermo es lo mismo que estar sano. Pero tampoco esas patrañas se convierten en verdades objetivas porque muchos las crean.

Retomemos el tema que nos ocupaba. Entre los dos extremos antes indicados aparecen otras antropologías que se pregonan como *antropología filosófica*, *antropología trascendental*, *antropología científica*, *antropología social*, *antropología cultural*, etc., etc. No vamos a entrar en ellas.

En último análisis nada cabe esperar de todas estas pretendidas antropologías, ni como censura para saber lo que el hombre *debe no hacer*, ni como luz para saber lo que *debe sí hacer*. El ser humano es visto de entrada como si fuera un ente más del mundo de la naturaleza causal. Sus acciones o su comportamiento tendrían, si acaso, una explicación causal, como ocurre con los animales. El hombre no es considerado de entrada como libre en sentido positivo. En cambio la axiología ve desde el principio al ser humano como una tarea a realizar, nunca como algo ya hecho. El ser humano es definido como un ente que tiene delante el arco de los valores que dan sentido a su existencia. Su libertad positiva consiste justo en poder hacer el valor y el antivalor. Eso está ya exigido por el primer operador lógico, el afirmador-negador, la capacidad de discernir y realizar tanto la verdad como la falsedad.

Lo menos que cabe afirmar de todas estas antropologías —da igual ahora si nobles como el *Ius naturale* o el *Natural Law*, o innobles como la *ideología de género*— es que caen de lleno en la falacia *es → debe ser*. Suponiendo que conociéramos realmente la *natura hominis* o qué es el hombre, eso sería en todo caso un hecho, algo que es o sucede en este cosmos. Por tanto, incluso en ese venturoso y fantástico caso de conocer de algún modo la *natura hominis*, tampoco de ahí cabría deducir nada sobre lo que está bien o lo que esté mal en el uso del sexo humano, que es el tema tan actual que nos sirve de ejemplo.

Veamos ahora si la axiología ofrece algo mejor.

## 5. En cambio sí sabemos lo que el hombre debe sí hacer o debe no hacer

Insistamos. La axiología ve al hombre, no como un hecho ya concluido al modo de las antropologías, sino como una tarea a realizar, como una misión a cumplir. El afirmador-negador el primero de los operadores lógicos nos presenta al hombre como un ente capaz de distinguir entre la verdad y la falsedad, y libre para dar realidad a una u otra. La verdad es el primero de los valores. Pero por esa puerta accedemos a los siguientes valores. Un valor se define como lo





*que debe ser, sea o no sea*. Y para saber si algo es valioso en ética, o debe ser obligatoriamente, basta hacer el experimento mental de imaginar qué pasaría si todo el mundo hiciese lo mismo.

La palabra *limpieza* responde bien a lo que la gente tiene en la cabeza cuando se refiere a la ecología. Ser limpios viene a ser lo mismo que ser ecológico. Recoger un trapo sucio del suelo y echarlo en el contenedor más próximo es un ejemplo adecuado. Todos saldríamos ganando, si todos fuéramos limpios. Y nadie sería perjudicado. Luego la limpieza es un valor ético. El que ve un trapo sucio en el suelo y no lo echa en el cercano contenedor se perjudica a sí mismo y perjudica a la entera humanidad.

La limpieza está comprendida dentro del valor más general que en nuestra Tabla etiquetamos como *Respeto*. Primero respeto a la naturaleza como *Natur*, y luego respeto a las personas. Pues si no respetamos el cosmos, tampoco respetamos la humanidad. Estimamos como una falta de *Respeto* el que alguien nos moleste o agreda con su suciedad. Eso es lo que hace el que pasa de largo y no echa el trapo sucio en el contenedor. Y más aún el que tira el trapo sucio al suelo en vez de al contenedor. Ser limpios es respetarnos unos a otros y respetarnos a nosotros mismos. Ser sucios es una falta de respeto contra los demás, y también contra sí mismo.

La palabra *Respeto*, la primera que hay que aprender en la educación en valores, indica que hay cosas que no se deben éticamente hacer, aunque se puedan hacer física o técnicamente. Veamos un ejemplo más grave que el trapo sucio en el suelo.

La violencia de género es una clara violación contra el valor *Respeto*. Nos parece tan odiosa justo porque el hombre es más fuerte que la mujer y abusa de esa superioridad física. Si ahora tantos se rasgan las vestiduras porque aumentan cada año los asesinatos de mujeres por sus *parejas*, ¿por qué no se dan cuenta que usar *pareja* en vez de *esposo* o *marido* es disminuir, o incluso anular, el *Respeto* debido a la mujer? En cambio, la institución del matrimonio, sea religioso o civil, enseña al hombre más fuerte a respetar a la mujer más débil, le enseña una lección de *Respeto*.

El simple *reajunte* deja las manos libres a ambos. No se comprometen a respetar nada. Pero la que más sale perdiendo es la mujer, porque es objetivamente la más débil. Si no hay valores de *Respeto* que intimen al más fuerte a no abusar, el débil carece de toda defensa. El matrimonio instituye derechos que protegen al más débil contra la prepotencia del fuerte. Si aumentan los *reajuntos* y disminuyen los matrimonios ¿puede sorprendernos el constante aumento de la violencia de género?

Si desapareciera de nuestro vocabulario la siniestra palabra *pareja*, y volviéramos a las de *esposo* o *marido*, entonces cabría esperar que disminuya la violencia de género. Porque usar *pareja* en vez de *esposo* lleva en sí el destructor mensaje *no estás obligado por la ley a respetar a tu pareja*. Si usamos *esposo*,



surge esa obligación. Esta es la lección que va incluida en la entraña misma de la institución jurídica del matrimonio. Es un contrato ante la sociedad de respetarse mutuamente, y en especial a no abusar de la superioridad física. Prescindir de ese contrato otorga inmediatamente al más fuerte patente de corso para abusar de su superioridad. Basta comparar las estadísticas actuales con las de hace no tantos años para convencerse de que así es la triste realidad.

El *Respeto*, como el valor primero a realizar y cumplir, es justo la defensa y la protección de los débiles frente a la prepotencia de los poderosos. En la medida en que se pierde la sensibilidad para los valores de *Respeto*, la ley del más fuerte se convierte en el único criterio que regula de hecho las relaciones humanas.

Los valores de Respeto son los más prioritarios, los primeros que hay que enseñar a la gente y especialmente a los niños. Primero hay que respetar las cosas y luego las personas. Este orden según la *fuerza hartmanniana* determina la mayor *altura scheleriana* del *Respeto a las personas* sobre el *Respeto a las cosas*<sup>5</sup>.

El tema de la ideología de género debe ser traído a este terreno axiológico. Por ejemplo, ¿qué pasaría si todos los humanos tuviesen, única y exclusivamente, relaciones homosexuales? No se necesita mucha imaginación para comprender que pronto desaparecería la entera humanidad de este planeta<sup>6</sup>. Claro que quien afirma que la Tierra es plana también es capaz de afirmar que tal situación beneficiaría a todos y no perjudicaría a nadie. Pero justo eso es lo que llamamos *voluntarismo irracional*, carecer de razones, renunciar a ser humanos, rebajarse a la condición de animales. Por desgracia, en el siglo xxi sigue habiendo tanta idiotez como pudo haberla en el siglo ix. Sigue siendo cierto que *stultorum infinitus est numerus*.

Abandonamos pues las pretenciosas antropologías, y busquemos la luz en la axiología que parte siempre de lo que *debe ser* y nunca de lo que *es*. El argumento adecuado es éste: *nosotros pedimos Respeto para el genoma humano movidos por vuestro buen ejemplo de pedir Respeto para el genoma de los sapos*. ■



<sup>5</sup> Cfr. MÉNDEZ, José María: «Recuperar los valores» en *Altar Mayor* n° 166. Tomo I.

<sup>6</sup> Cfr. MÉNDEZ, José María: «El caso del gay Gioma» en *Altar Mayor* n° 172. El homosexual es un enfermo, el caso patológico. El heterosexual es el sano, el caso normal. El porcentaje de homosexuales de nacimiento es el mismo que el porcentaje de ciegos de nacimiento. Entre el 1% y el 1,5%. La naturaleza no tolera más. Peligraría la conservación de las especies. Obviamente no nos referimos en este trabajo a la homosexualidad de nacimiento, sino a la intencionada o voluntaria, o sea, la promovida por la identidad de género.